



Foto: www.graphobia.com.ar/tag/sabato/

ALVAREZ

El espacio que envuelve la tradición oral de los Llanos Orientales

Juan Antonio Malaver Rodríguez
Doctorando en Ciencias de la Educación
Poeta y escritor

Resumen

El presente texto pretende mostrar cómo la tradición oral llanera en sus aspectos histórico, geográfico se inserta, va más allá de una geografía e historia específica; se traslada a la esencia y particularidad fisonómica del llanero. Lo anterior se expresa en la vestimenta, en su forma de ver el mundo, apegado a una tierra inconfundible que marcó a este tipo de habitante. Aspectos históricos son simbolizados en referentes propios como la forma de vestir, de hablar, las convicciones en el amor a su tierra y a sus tradiciones que denotan ante todo a un tipo de hombre del llano. La geografía en que se vive se traslada a las costumbres: bien si se es habitante del piedemonte, de las márgenes de los ríos, de la sabana o de influencia selvática, eso se evidenciará en sus expresiones verbales o corporales. Humboldt mismo referenciaba al llanero desde particularidades como el pantalón corto, el aspecto físico y el uso de la lanza para cuidar al ganado. Muchas de estas cosmovisiones pasan, se guardan en la tradición oral que potenciarán como llaneros a sus escuchas. La mirada histórica, geográfica debe ser, debe ir más allá de un mapa, de una historia y debe así buscarse en la esencia y expresión de un sujeto social que a fuerza de su particularidad aporta de manera innegable a la cultura.

La tradición oral llanera circula en un escenario amplio del cual fundamenta su esencia, allí ejerce su papel narrativo con una función social para un sujeto activo en una realidad determinada. El llanero está compenetrado con su paisaje, con la voz de la naturaleza que le acompaña en sus faenas de trabajo, la soledad típica de la labor de vaquería, el caballo, el cultivo de arroz y de las jornadas típicas del hato:

Al pie de alguna ceiba le tocará descansar, pasar la noche en la soledad, y el caballo estará a sus pies. Por la tempestad, por el huracán furioso, por el rayo tendrá que cruzar, y el caballo sentirá orgullo y coraje de llevarlo sobre sus lomos. Relinchará valiente ante el vendaval que retuerce los bosques, ante el rayo que quema las palmeras, ante el toro rebelde o a la sogá y al encierro, porque va con su hombre. El llanero siente lo mismo por el caballo (Sabio, 1969, 21).

Posee una descripción geográfica que cohabita sus narraciones y que de cierta forma se presenta como atípica a los ojos al ser un híbrido topográfico. A su vez recibe influencia de habitantes de distintas geografías: de la selva, del interior, de Venezuela. Fronteras territoriales (por así decirlo), que preservan y aportan distintas costumbres, que al entrar a socializarse entablan préstamos de cosmovisiones al interactuar. La tradición prevé sus contenidos con referentes claros, que al ser oídos promueven afinidad con el terruño en que se crece.

En ocasiones la geografía se afianza a través de la palabra y se torna en semillas de arraigo cultural,

El llanero tiene que ser así: como sus llanos, como sus ríos, como sus palmares, como sus bosques, como sus toros, como sus caballos, como sus garzas, como sus aves, como sus flores (Sabio, 1969, 40).

El hombre llanero recibe directa e indirectamente cargas culturales propias del lugar en que ha habitado, de allí adquiere su carácter original que debe negociar con el mundo que contacta.

Es propio pensar que la geografía y el clima son determinantes en la construcción de la cotidianidad de un habitante. Dependiente de la tierra en que se viva se tendrán unas costumbres, una música característica y también una manera particular de ver y apropiarse del mundo, “El Silbón es una leyenda que vive en la conciencia del hombre llanero, impregnada de saber popular: de sus creencias, temores, y que transmite una enseñanza moral” (Perea, 1993, 41).

La construcción de conocimiento está ligada a factores tanto internos como externos, el hombre construye y reconstruye su saber a lo largo de su vida, la cultura toma, desecha y conserva en la memoria. Los grupos culturales se preservan, se transforman, se adaptan, adquieren maneras nuevas de ver el mundo. Por ejemplo, el boom petrolero de los últimos tiempos inserta, trae consigo profundas transformaciones para los llaneros en todos los sentidos, hasta la geografía cambia, abre espacios de negociación expresiva e, incluso, de imposición cultural, aspectos que se pueden denotar, por ejemplo, en la música: se escucha menos la llanera.

Los llaneros ofrecen resistencia al cambio, ante todo desde el seno de las generaciones de más edad. Queramos o no la cosmovisión del hombre del llano se ve afectada por el influjo de trashumantes que portan la sustancia de otras vivencias de distinta geografía. La cultura llanera se afecta, la tradición oral recibe y ofrece (negocia parte de su poder),

El tema de la cultura nos habla, nos interpela si la comprendemos como cosmovisión: un universo de prácticas y visiones distintas del mundo, así como de formas de pensar y de ser diferentes. Este punto lleva a deliberar acerca de la relevancia que tiene o no el hablar desde la diferencia y las diversidades (Zemelman y Quintar, 2007, 21).

Para el hombre del llano es bastante notoria la impronta de su ser llanero, sobre todo en su aspecto físico, particularmente en su vestimenta, en su música untada de geografía y grito en medio de la soledad de la vaquería. Si el hombre recibe influencias de la tierra que lo habita, la

tradición no quedará eximida, se transformará y adecuará su contenido para poder pervivir, para ejercer su influencia y continuo afianzamiento en los oídos a los que llega.

La geografía llanera se inserta en los ojos, en las manos que trabajan la tierra, en la búsqueda del ganado, en la cosmovisión del hombre que domina grandes territorios. Dicha geografía adquiere su impronta en el paisaje que atraviesa la música, en la descripción sentida del hombre que le canta a la tierra que idolatra,

El ethos llanero se ha forjado por la dialéctica del trabajo de llano, el caballo llanero y el medio físico llanero, que en actitud convivencial con los demás modos de vida, animales y ecosistemas regionales, se ofrece como hecho singular y convivencial al mismo tiempo (Romero, 1992, 88).

La región llanera contiene, además del piedemonte llanero, una gran extensión llana que se pierde en alejados terrenos que se adentran en lo selvático. Esas extensiones, como ya se expuso, conllevan a variadas formas de vida, circunscritas con distintos grados de fuerza en las temáticas tocadas por la tradición oral. Monte, llano y selva permiten conjugar diversas maneras de pulsar, de sentir el mundo llanero, ligadas a condiciones particulares que exigen flexibilidad (circunstancial) de comportamiento, al tener esporádicamente sus habitantes contactos con otras regiones a las que se adapta temporalmente,

(...) existen modos de producción típicamente llaneros o de sabana que existen en un contexto ecológico: la sabana, el monte, (la mate e' monte), el río. Los grupos "no llaneros" se relacionan de distinta manera con el medio. Son los vegueros, conuqueros, cazadores, recolectores (es el caso de las sociedades indígenas) (Romero, 1992, 14).

El medio hace que sus habitantes se adapten a unas costumbres y rutinas de vida que los llevan en su desplazamiento territorial a variar gradualmente su forma de apropiarse del mundo que los rodea:

La principal evidencia del hecho llanero como utopía es su coherencia: una interacción que se manifiesta, entre otras relaciones, en la que es posible advertir a simple vista entre los tres subsistemas fundamentales que definen el trabajo de llano: El llanero, el caballo llanero y el medio físico llanero. Estos interactúan, a su vez —con otras culturas— con otros animales y otras topografías, que se articulan de manera contrastante o complementaria (Romero, 1992, 73).

Los préstamos e intercambios culturales sirven muchas veces como pasamano de entrada a regiones distantes con otras miradas. A pesar de estos préstamos se vive en una región y se conserva de manera gradual una forma de ser natural, una identidad untada de la necesidad sentida de ser llanero. El saber llanero permea los terrenos de su tradición oral, inscribe un tipo de hombre ligado a unas relaciones espaciales en las que su saber ayuda a sobrellevar la vida.

La geografía en que se vive genera unas rutinas, unos modos particulares de vida, unas prácticas, aspectos como los hidrográficos contextualizan y transforman la existencia del hombre.

Recordemos que en la región llanera existen ríos notables: Cravo Sur, Cusiana, Upía, y algunos bien caudalosos e importantes, ya que sirven como corredores de intercambios. Hablamos del Arauca, el Meta y el Orinoco que son de gran importancia y pueden ser navegables.

Detengámonos en el Orinoco, influencia inevitable para sus habitantes, referenciado ampliamente y de manera detallada por el Padre Gumilla, en varios escritos (tomos) en donde pinta la vida de los habitantes de sus márgenes (en su mayoría indígenas), de los cuales hace una minuciosa copia de sus costumbres, formas de vida y de desplazamientos en torno a este trascendental y caudaloso río. Como es sabido el Orinoco fue agreste y hasta trágico para las primeras expediciones de la conquista y la colonia (recordemos que varias sucumbieron allí, entre otras: la de Diego de Ordaz, la de Antonio Berrío, quien ultimó sus días en dicho proyecto), este río fue fundamental posteriormente para el proceso de transformación del interior del país;

El acceso de Colombia al libre comercio a lo largo de los ríos Meta y Orinoco fue el producto del mejoramiento de las relaciones con Venezuela después de la elección de Núñez en 1880. Desde 1919 las disputas acerca de la demarcación de las fronteras y los derechos de transportes en los ríos comunes había tenido a las dos naciones en contradicción (Romero, 1992, 73).

Tierra, ríos y distancia otorgan unas condiciones de vida rutinarias, unas faenas para los habitantes de la región llanera y estas traspasan lo factual, lo cotidiano y trascienden a los terrenos imaginarios en su creación, en sus construcciones expresivas. Humboldt impactado por la naturaleza caudalosa del río Orinoco describirá sus pormenores en sus anotaciones, a su paso por el llano. No es gratuito que el hombre llanero viva maravillado por la naturaleza que lo rodea y sobre la cual querrá expresarse continuamente.

Ríos, monte, llano generan espacios de vida que exigen unas condiciones de subsistencia y formas distintas de relacionarse con el mundo, de ellos aprenderá el hombre y eso se verá proyectado, multiplicado en los elementos de su tradición oral, como en la música, coplas, refranes, poemas, leyendas, etc. El Cajón del Arauca, por poner un caso, comparte préstamos en cuanto a tradición oral con Venezuela, de tal forma que hay una gran afinidad expresiva en estos espacios, referente a los productos de la tradición oral, y a formas de ser de quienes circulan por el corredor de las dos naciones. Incluso los residentes en este cajón tendrán familia parte en Colombia y parte en el vecino país.

Dos casos típicos de los préstamos más representativos son los de los poemas “El cazador novato” y “La leyenda de Florentino y el diablo”, dignos representantes de la tradición oral venezolana. Se pueden escuchar e interpretar tanto en Venezuela como en Colombia y el llanero, casi sin distingo, los siente como suyos. Incluso en “El cazador novato”, se referencia la forma de vida del llanero dependiente de su condición social “Cansao de ser un vegüero después que fui dueño de hato”, el vegüero aquí aparece como habitante de la vega de un río, de una vida dura y degradada por las condiciones de desamparo.

Podemos citar más ejemplos aquí, pero de lo que se trata es de ver al río y la geografía como portadores de intercambios que van más allá del comercio del ganado, hasta préstamos recogidos por la tradición oral de ambos países.

Es necesario puntualizar que la región de los Llanos Orientales es llamada, de igual forma, Orinoquía colombiana y está conformada, como ya se precisó, por las tierras planas y onduladas, situadas entre la Cordillera Oriental al oeste, los ríos Arauca y Meta al norte, el Orinoco al este y la región amazónica al sur. Desde el estado, para su administración territorial, pertenece a los departamentos del Meta, Arauca, Casanare, Vichada y Guainía.

Si bien la geografía desde sus características, influencia de diferentes maneras lo que comunica la tradición oral, –véase el caso de la leyenda de La madre monte o La sayona– (notaremos que se preocupan por describir y personificar la naturaleza en ser humano con un propósito definido. Híbrido de mujer y de árbol), al hacerlo, quien la escucha se unta, recibe, asimila una naturaleza y geografía evocada, vivida allí. La geografía llanera se puede determinar por símbolos regionales: caballo, ganado, sombrero, por unos territorios particulares, morichal, estero, yopal, etc., y próximos a unos objetos insistentes en la mirada del hombre de esta región: silla, rejo, talanquera, cuchillo,

Detrás de las palabras hay un espíritu, detrás está el alma de un pueblo. El lenguaje no brota como una construcción puramente intelectual, sino en un marco humano; es decir, atravesado por elementos afectivos y emocionales, por factores culturales y geográficos (Arroyave, 2004, 81).

Objetos recurrentes en la cotidianidad del llanero, que en este caso podrían también ser la hamaca, el ganado, el arpa, los capachos, el rejo, las alpargatas, el poncho, el chumú, el café, etc.

Si uno entra en una de las descripciones de Humboldt en su paso por los llanos, mostrará a los llaneros como hombres particulares, fruto de ciertas características fisonómicas y de los objetos que porta, a grandes rasos los pinta como mulatos y zambos, de una agitada actividad: des-

nudos hasta la cintura, pasan su vida a caballo y les es bien trabajoso hacer la menor diligencia a pie; se les ve armados de una lanza para defender los rebaños contra los ataques de los tigres, llevan además, enrollado en la cabeza de la silla rejos para trajinar con un toro o con sus enemigos.

En ese sentido, como ya se expresó, lo geográfico está ligado a la evocación de un atuendo, de una fisonomía puntual, representación de lo autóctono, de lo que salta a simple vista, concierne a un lugar explorado por ojos foráneos.

Sólo es necesario ver la caracterización que les da Humboldt para encontrar que existen unos rasgos únicos, particulares en ellos. Aparecen allí caracteres que eran y siguen siendo representativos de esta región, como lo es el caballo y el apego del llanero a este animal (crucial en sus labores de ganadería). A su vez ganado, caballo y lanza serán referentes del ser llanero para el interior del país. La lanza es símbolo de la Batalla del Pantano de Vargas, del arrojo de Inocencio Chincá, junto con un puñado de lanceros importantes para vencer y expulsar después a los españoles a través de la llamada Campaña Libertadora.

Es decir, lo geográfico no sólo se remite a una demarcación espacial brindada por un mapa físico sino a un mapa trasladado al ser, al cuerpo como territorio y a sus expresiones (códigos), que lo hacen habitante de una región propia que se inscribe en una apariencia. Como diría Elina Matoso en su libro *El cuerpo territorio escénico*, publicado por Paidós en 1992: "(...) esta fusión entre lo humano y la naturaleza reviste de identidad lo humano. Le da anclas y vuelo, le

da continencia y a su vez contenido, en gestos, temperaturas, palabras".

Un mapa corporal que expresa, comunicador de una identidad y del ser así, de cierta particular forma, tal y como ocurre con el gaucho, el indígena ecuatoriano o el piel roja. El territorio de donde se es se traslada a una forma de apropiación del mundo, denotado por ciertas marcas regionales llevadas, incluso, en la fisonomía y en el comportamiento mismo por un ser del llano y orgulloso de ser de allí.

Retomando a Elina Matoso, hay que, "Pensar el cuerpo como territorio, susceptible de reelevarse y representarse en un mapa que revela y oculta nuestra historia y que tiene grabadas las huellas en cada zona no es más que una modalidad de aproximarnos a la temática vida-muerte desde un recorrido que profundiza en el cuerpo el objetivo del trabajo".

Geografía y ser se juntan de manera expresa hasta en el gentilicio mismo que se les ha puesto y no en vano se les da en llamar: llaneros, (gente del llano, hombre que vive en el llano). En un cierto equivalente sentido Matoso propone: "La relación entre territorio y cuerpo es estrecha. Los accidentes geográficos suelen relacionarse con las zonas del cuerpo. Valles, montañas, desiertos, así como temperaturas, climas van trazando una trama íntima entre cuerpo y territorio".

No se puede seguir relegando la geografía a un mapa, a un territorio, en muchos casos es una marca corporal, de comportamiento, una señal que evoca un territorio determinado desde la raza misma que lo fundó. La geografía y la historia de una región van más allá. ■



Desde luego, semejante frase no tiene validez universal; yo, por ejemplo, me caracterizo por recordar preferentemente los hechos malos y, así, casi podría decir que "todo tiempo pasado fue peor", si no fuera porque el presente me parece tan horrible como el pasado; recuerdo tantas calamidades, tantos rostros cínicos y crueles, tantas malas acciones, que la memoria es para mí como la temerosa luz que alumbra un sórdido museo de la vergüenza.

Ernesto Sábato, *El túnel*, 1948